

# Esclavos de la consigna

*Memorias II*

Jorge Edwards

*Sólo se puede escribir buena prosa  
bajo la mirada de la poesía.*

NIFTSZSHE, LA MORGENTHAU

Ediciones de la consigna  
Primera edición: julio de 2018

© 2018, Jorge Edwards  
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.  
Avenida 380, piso 5, Santiago de Chile  
Teléfono: 22782 8200  
www.megustaleer.cl

Penguin Random House Grupo Editorial respalda la protección del copyright.  
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,  
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada  
de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna  
parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores  
y permitiendo que PRH siga creando contenido publicando libros para todos los lectores.

Printed in Chile - Impreso en Chile

ISBN: 978-956-8856-73-4  
Registro de Propiedad Intelectual: 291.059

Diseño de portada: Jillo Valdés  
Fotografía de portada: CDI-GrafiCOPRESA  
Compositor: Lilian Ferrada

Edición de 1.000 ejemplares  
Impreso en Salsomonte Impresores S.A.  
General Carrera 1486, Santiago - Chile

Penguin  
Lumen

*memorias y biografías*



concluir de todo esto? He examinado el tema en otros lugares, en otras situaciones, y no he sabido desprender las conclusiones necesarias. Pero una persona amiga, ilustrada, me ha llamado la atención en años recientes sobre una frase de Gustave Flaubert. Gustave Flaubert, el novelista de Emma Bovary, de *Un corazón sencillo*, de tantas otras cosas, escribió en una carta de alrededor de 1850 que «la inepticia consiste en querer concluir». Es mejor, entonces, que no saquemos conclusiones de ninguna clase. O que desconfiemos de las conclusiones: al menos por ahora.



extraordinarios camarones en un lugar que ya no recuerdo, y al llegar a mi casa de la calle Las Palmeras, vimos con asombro que María Maluenda, actriz chilena talentosa y diputada comunista, se paseaba sola frente a la puerta de calle. Resultó que se había presentado como periodista, y que la gente de mi casa tenía estrictas instrucciones, pedidas por Neruda, de no admitir a periodistas. Nos saludamos, nos abrazamos, ella y el poeta se encerraron a conversar en el comedor del primer piso, y los demás, después de una larga jornada, subimos a acostarnos.

A la mañana siguiente, más o menos temprano, tomamos desayuno en la habitación del poeta, en bata y en pantuflas, Matilde, el poeta y yo. También he contado este episodio en algún otro lado, pero mi relato de esa conversación tuvo algún elemento de autocensura, dado el clima político y mental de esos tiempos, y fue, sin embargo, una de las conversaciones más interesantes y más reveladoras de toda esa época, no sólo por sus palabras, sino también por sus silencios, y más que nada, quizá, por esos silencios. Cuando entré a esa habitación, que era la mejor de la casa y que nosotros le habíamos dejado a Neruda y Matilde, me encontré con que nuestros huéspedes tenían expresiones preocupadas. Supe que María Maluenda, enviada por los comunistas, había viajado especialmente para decirle a Pablo que Salvador Allende, esta vez, en su cuarta candidatura a la presidencia de la República, tenía, según la opinión del partido, una seria posibilidad de ganar. Pablo Neruda, antes de tomar el barco de su regreso definitivo a Chile, tenía que saberlo y estar preparado. El barco tocaría en diferentes puertos chilenos y en todas partes habría manifestaciones para recibirlo, marcadas, todas, por un fuerte clima de campaña electoral.

El poeta en pantuflas no tenía la menor expresión de entusiasmo, de optimismo, de alegría, y Matilde tampoco. Debo consignar esto del modo más claro posible, sin reticencias, sin bemoles. El

éxito del recital había superado todas las previsiones, los camarones de la noche habían sido soberbios, pero la conversación con María Maluenda había dejado en el poeta una preocupación honda, un ceño, una expresión poco amena. Yo me acordaba de un detalle revelador: cuando Neruda, en el bar de su casa de Isla Negra, rodeado de tres o cuatro amigos, había recibido por una radio la noticia de que su partido retiraba su precandidatura y adhería a la de Salvador Allende, había tenido una reacción de nula alegría, de cara larga. No por ambición personal, sino por alarma, por miedo del porvenir. Se podría sostener que su actitud de ahora, después de recibir noticias frescas de Chile, era exactamente la misma.

—Tú comprendes —dijo—: Aquí hay tres candidatos, y la principal ambición de dos de ellos, por encima de cualquier otra consideración, es llegar a toda costa a la presidencia de la República. El tercero es un viejo conservador, un hombre tranquilo, que ya fue presidente, y...

No decía más, pero transmitía la impresión de que la llegada del otro, del hombre tranquilo, a la presidencia, a pesar de que sus amigos eran los otros dos candidatos, le producía más tranquilidad a él mismo. Él había sostenido muchas veces, en los meses anteriores, que el mejor de los candidatos sería Gabriel Valdés, capaz de unir a la izquierda con el centro demócrata cristiano, pero sus palabras no habían tenido el menor seguimiento. Y ahora, después de ese desayuno informal de Lima y después de haber escuchado en la noche los informes de María Maluenda, se mostraba seriamente preocupado.

—Y tú —le dije, medio en broma y medio en serio—, ¿piensas votar, entonces, por Jorge Alessandri?

—¡No puedo! —exclamó Neruda, levantando los brazos, y yo pensé en cuántas cosas había detrás de ese «no puedo», de esa paralizada, autocensurada, inextricable contradicción.

Matilde, entonces, desde el fondo del dormitorio, donde se dedicaba a ordenar ropa, con mirada concentrada en su tarea, pero con un oído bien atento, exclamó:

—¡Yo voy a votar por Radomiro Tomic!

Era una exclamación profundamente comprometida, opuesta a la línea de partido que debía seguir Pablo, pero que ella, a pesar de provenir de una familia comunista, mantuvo y sostuvo de diferentes maneras hasta el final de su vida. En otras palabras, Neruda, gran personaje del comunismo nacional e internacional, votaría por Salvador Allende sin el menor entusiasmo, con escasa o nula convicción, con seria inquietud por el futuro, y Matilde anunciaba su voto por el candidato del presidente Frei y de la Democracia Cristiana, y si lo anunciaba, yo estaba seguro, conociéndola, de que colocaría ese voto después en la urna. La tensión de esos días era enorme. Las vísperas revolucionarias de un Chile gobernado por Salvador Allende y por la Unidad Popular, donde el Partido Socialista manifestaba simpatías por las posiciones de extrema izquierda del Che Guevara, por el voto, sí, pero más el fusil, eran inciertas, oscuras, asustadoras para cualquier persona dotada de sentido crítico, de algún conocimiento de la historia contemporánea. ¿Cuántos exilios provocaría la «idolatrada» revolución chilena, qué cifras vertiginosas de inflación alcanzaría, qué pérdidas en las empresas, en los campos, en las grandes industrias? Yo había trabajado en 1964 a favor de la candidatura de Allende, con las limitaciones que me imponía mi condición de funcionario de la diplomacia chilena, sin haber hecho demasiado caso de estas limitaciones y sin consecuencias mayores para mi carrera. Ahora, en el Perú de una dictadura militar socializante, en medio de los notorios desastres que eso implicaba, de una restricción de las libertades, de una abrumadora mediocridad cultural, reflexionaba y vislumbraba un porvenir nublado, lleno de sombras. La invasión de Checoslovaquia de agosto



del año anterior había terminado de una vez por todas con la ilusión de un socialismo marxista con libertades. Y el apoyo de Fidel Castro a esa invasión había sido rotundo, revelador de lo que pasaba en el interior de Cuba y que muchos de mis amigos, supuestos «intelectuales de izquierda», no querían saber por ningún motivo. Hablamos con Pilar varias veces sobre el asunto, sopesándolo por varios lados, recordando la aprobación inmediata, beata, sumisa, de los comunistas chilenos de la misma invasión, recordando muchas otras cosas, y al final convinimos en lo siguiente: yo haría turno en la embajada chilena en Lima durante las elecciones, lo cual significaba que no podría votar, y Pilar viajaría a Chile y votaría por Jorge Alessandri. No por entusiasmo alessandrista o derechista, sino como mal menor. Pilar, después, me contó que había tenido deseos de contarle este voto a mis padres, a quienes les habría dado un gusto grande, y en días de enorme disgusto, y yo preferí, no sé si por cautela, por orgullo, por ensimismamiento natural, guardar el asunto en silencio.

Los indicios de que Salvador Allende podría ganar la elección presidencial chilena se captaban en Lima con algo de confusión, sin definiciones demasiado claras. Había sectores del gobierno del general Velasco Alvarado que simpatizaban con el allendismo, pero también había reservas, dudas, antipatías nacionalistas de toda especie. Pablo Neruda, antes de tomar su barco a Chile, había ido invitado por el general Velasco a conversar con él en palacio, y yo, que lo aguardaba en una antesala, me había aburrido de esperar. Velasco, el general presidente, se encontró al día siguiente con el embajador chileno, Sergio Larraín, y le dijo con insistencia, con asombro ingenuo: «¡Qué poeta más sensato!, ¡qué poeta más sensato!». ¿Qué reflexiones, qué comentarios de cualquier naturaleza habrán provocado la exclamación, el curioso asombro del general? Neruda seguía en esos días, sin demasiada autocensura, sin mayores controles ideológicos, su línea reflexiva de la hora del desayuno en mi casa. No tuve la menor idea de lo que le había dicho al presidente del Perú, pero me lo pude imaginar bastante bien. Pilar partió en avión a Santiago, con su proyecto de voto secreto, que marcaba un cambio radical de la orientación de ambos, en la mano, y yo me quedé en Lima. El día de las elecciones estuve en las oficinas de la avenida Javier Prado hasta las cinco o seis de la tarde, a una hora en

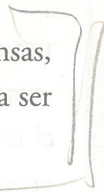
la que todavía no se empezaban a conocer los primeros resultados. Se habían reunido algunos funcionarios y alguna gente amiga, chilena, allegada a la embajada. Unos simpatizaban abiertamente con la candidatura de Radomiro Tomic; otros, de una forma un poco más discreta, con la de Jorge Alessandri, y había dos o tres seguidores más bien disimulados, pero que no disimulaban del todo, de Salvador Allende. Uno siempre sentía en las elecciones de aquellos años que los simpatizantes de una u otra candidatura tenían una manera particular, diferente según el candidato, de vestirse, de pronunciar el español de Chile, de ponerse o de no ponerse corbata. El que no disimulaba absolutamente nada, con algo que parecía ingenuidad provinciana, era el cónsul general, Jorge Burr, hombre de un alessandrismo furioso y de un antiallengismo desesperado, casi apocalíptico. En todo caso, había una emoción, una expectación, una ansiedad general, que no eran propias de elecciones normales. En esos años de Guerra Fría, parecía que Chile se jugaba en pocas horas su posición en el tablero internacional: ¿íbamos a quedar cerca de la Unión Soviética y de Cuba, de Bulgaria y Rumania, o nos íbamos a salvar jabonados?

Yo salí de la embajada cerca de las siete de la tarde, poco antes de conocer los primeros cómputos de Chile, con la impresión de que Allende podía ganar por una mayoría relativa. Hacia las ocho de la noche, en compañía de dos o tres amigos, supimos que Allende ganaba con alrededor de 37 por ciento de los votos y que Alessandri seguía con alrededor del 32 por ciento. Era un terremoto político, una crisis nacional segura. En el curioso país llamado Chile, el más alejado de los centros mundiales, el país donde se suponía que nunca pasaba nada, un candidato socialista, autodeclarado marxista, había triunfado en elecciones presidenciales perfectamente legales y libres. De acuerdo con la constitución política, el Congreso Pleno tendría que elegir entre las dos mayorías relativas, pero nunca en



Chile se había roto la tradición de elegir al candidato que había alcanzado la primera mayoría. Hacia las nueve de la noche, los radios transmitían desde la Alameda Bernardo O'Higgins, frente al edificio gris, polvoriento, altamente simbólico, de la Federación de Estudiantes de Chile. La multitud llenaba la Alameda, celebraba, cantaba, rugía. Parecía que había esperado ese triunfo, ese desquite monumental, durante toda su historia. Las transmisiones de radio chirriaban. Nadie se habría atrevido a pensar, salvo un fascista furibundo, que se podía impedir la subida al poder de Salvador Allende en condiciones normales. Esa multitud concentrada en la Alameda, que cantaba y saltaba —¡el que no salta es momio!—, no se iba a dejar despojar así nomás de su victoria. Era una situación extrema, un cambio brusco, dramático: en el país donde nunca pasaba nada, todo había empezado a pasar, y bajo la mirada de todo el mundo, de Occidente y Oriente. Entre los amigos que habían ido a visitarme, había un chileno más bien callado, obcecado, momio hasta la pared del frente, medio pariente mío, y me parece recordar que todos los que estaban en el recibo de mi casa de Las Palmeras tenían caras largas, de funeral: estaban pálidos, ojerosos, y consumían whisky, en un salón que se había puesto más oscuro y donde nadie encendía las luces, con actitudes serias, consternadas, difíciles de describir, en medio de periódicos y revistas tirados por el suelo, de objetos caídos, de copas con restos de hielo, de cenicero repletos, de platos donde quedaba algún resto de algo, entre migas. Después supe que un alto funcionario de la misión chilena en Lima, dueño de propiedades agrícolas, amenazado, según él, si les aplicaban la reforma agraria, de quedar en la más puta miseria, borracho como cuba, pesado, panzudo, había intentado ahogarse en el mar de una de las playas del norte de la ciudad, y que sus acompañantes lo habían sacado del agua a tirones, arrastrando su cuerpo voluminoso por arenas mojadas, entre rocas, mientras vomitaba hasta el

alma. Eran imágenes personales, limitadas, pero duras, intensas, dramáticas. Había que entender, y entender había empezado a ser arriesgado, endiabladamente difícil.



que había adquirido en Italia, con el retrato rojizo de Matilde por Diego Rivera, donde el perfil del poeta se esbozaba entre los grandes mechones pelirrojos de la cabellera, y seguí subiendo hasta la biblioteca que se levantaba, o que se escondía, mejor dicho, entre árboles frondosos, en la parte más alta del terreno. Era como estar en la cumbre de Santiago y como no estar, como encontrarse en un lugar protegido y escondido, que flotara en una nube propia. Neruda salió de adentro, con su cara de siempre, de patata recién sacada de la tierra, como escribió alguien en España, con su voz arrastrada, y me dijo de entrada, después de algún saludo:

—Lo veo todo negro.

Era una frase enteramente coherente con la conversación de la hora del desayuno en Las Palmeras, ocurrida alrededor de cuatro meses antes, pero agregaba, claro está, después del resultado electoral de hacía pocos días, un matiz serio, una comprobación desengañada y preocupada. Era como decir: después de lo que hemos visto, con todos sus excesos, sus disparates, su verborrea, y dada la situación interna del país, no tengo más remedio que ver nubarrones negros en el horizonte. Porque agregó algo para indicarme que el país, de acuerdo con su visión actual, no sólo estaba peligrosamente dividido, cargado de rencor, de odio, sino que pensaba, *hélas*, por desgracia, en el espectro de la Guerra Civil española, y sostenía con energía, como se transformaría después en una costumbre suya, que la guerra civil era lo peor que podía ocurrir, la peor alternativa de todas. Yo me decía que el marxismo leninismo, con el eufemismo de la lucha de clases, preconizaba a su modo el enfrentamiento interno en la sociedad, pero con una ventaja evidente en la teoría: el proletariado crecía y terminaba por absorber los restos de las clases burguesas, de manera que se llegaba sin excesivo dolor a la sociedad sin clases. Era un parto de la Historia, acompañado de todos los dolores de un parto, pero

era a la vez un nacimiento, y un nacimiento natural. Ahora bien, Neruda siempre sostuvo que él no había llegado al comunismo por la lectura de Marx y Engels, sino por sentimientos de compromiso y de solidaridad humana, por emociones personales. Y en vísperas de la elección de 1970, aparte de lo que me había dicho en Lima, le había dicho a mucha gente que el candidato ideal de toda la centro izquierda sería Gabriel Valdés Subercaseaux, lo cual habría exigido una coalición más amplia, comparable a la Concertación de años más recientes. Nadie le hizo caso en esas vísperas dramáticas, y parecía que la crisis interna de la sociedad chilena, muy cercana a una guerra civil no declarada, le daba la razón, pero se la daba cuando ya era demasiado tarde.

No sé si nos tomamos un whisky de final de mañana o una copa de vino, pero sé que fui de la casa del San Cristóbal a la de mis padres, que ya habían abandonado el caserón de la vieja Alameda de las Delicias, frente al cerro de Santa Lucía, y vivían en una casa de construcción nueva, bastante fea, para mi gusto personal, de Pedro de Valdivia Norte. Mi madre estaba gravemente enferma, cansada, pálida, envejecida, y después supe que los médicos le habían diagnosticado un cáncer pulmonar avanzado. Me contaron que le había costado mucho dejar su casa de la Alameda: había seguido en cama, en un dormitorio donde ya se habían llevado los muebles, donde sólo quedaba una ampolleta colgada de un cordón en el centro del techo. Al abandonar ese lugar abandonaba su vida entera, y tenía que mudarse a una antesala fría, deslavada, desangelada, fea, de la muerte. Yo escuchaba este relato que hacía gente de la familia, y pensaba que la enfermedad se juntaba con los resultados electorales, y que ambas cosas la traicionaban y la condenaban: eran desgracias concomitantes, coincidentes. Ella sólo divisaba esa ampolleta colgada del techo, con su foco de luz desprovisto de matices, y la grisalla de la calle a través de postigos entreabiertos, subrayada por

renunciaría a nada, ni siquiera a su eventual asesinato, para impedir su llegada al poder. No me dijo que Agustín Edwards Eastman, dueño del diario *El Mercurio*, lejano pariente mío, era una de las cabezas de la conspiración, pero no necesitaba decirlo. Allende me contó que al día siguiente o subsiguiente iría a una manifestación en la plaza Victoria de Valparaíso. Le habían advertido que iban a tratar de asesinarlo en esa manifestación, «pero, dijo, después de la elección, no puedo pasar todo el tiempo escondido». Yo pensaba en esos días que Salvador Allende tenía una dependencia excesiva de la extrema izquierda mirista y castrista, y que sus nociones de una economía moderna eran primarias, pero que era, a la vez, perfectamente capaz de jugarse la vida por su causa. Supongo que en esos días, en una coyuntura tan dramática como ésa, surgió la idea de formar un grupo armado para su defensa personal, aquello que después, ante una pregunta de la oposición en el Parlamento, él definiría como grupo de amigos personales, el famoso GAP. Yo comprendía algo claro: el estado de derecho de Chile, que había existido desde la etapa de consolidación de la República, con serias limitaciones, sin duda, con una que otra dramática interrupción, estaba en uno de sus momentos más bajos, en un quiebre casi completo. La antigua derecha liberal, amenazada, desquiciada, se había vuelto golpista en su gran mayoría. Apelaba a la violencia, o preparaba planes de violencia armada, como si se tratara para ella de una cuestión de vida o muerte. Y eso era, en cierto modo. Intentar en serio una revolución socialista a partir de una mayoría relativa de 37 por ciento de los votos era entrar, en esa época, en un camino sin retorno. La experiencia del castrismo en Cuba era una demostración de una fuerza impresionante. Mi idea de votar por un candidato conservador democrático, del estilo de Jorge Alessandri Rodríguez, había sido quizá una ilusión, una probable utopía. Habría sido muy difícil, demasiado difícil, que Alessandri,

a su edad avanzada, y con una votación escasa de 31 por ciento del electorado, pudiera gobernar sin recurrir a las fuerzas armadas.

Salvador Allende pensaba en esta coyuntura, en los personajes peligrosos que se reunían para conspirar en su contra, cuando declaró que él no iba a ser presidente de todos los chilenos. Era una declaración completamente ajena a las tradiciones republicanas del país. O un presidente gobierna para todos los ciudadanos, aunque no todos estén de acuerdo con sus ideas, o admite que el estado de derecho se ha derrumbado, que existe una guerra civil no declarada. La creación del GAP era una consecuencia directa de esta visión política suicida. El GAP podía impedir un atentado político puntual, pero era un grupo armado que no dependía de las fuerzas armadas y de seguridad legales y que recibía ayudas extranjeras. En otras palabras, era un ente irregular, desquiciador y provocador. Tres o cuatro meses después, el comandante del buque escuela *Esmeralda*, en su visita oficial a La Habana, me contó que el presidente Allende había subido al barco para despedirse, antes de que zarpara de Valparaíso. El comandante le había ofrecido un whisky, y el presidente, ¡para evitar que lo envenenaran!, se había servido de una botella que le llevaba su edecán. ¿Para qué subir a despedirse en esa forma, con esa obvia desconfianza? ¿Para demostrar que era hombre de izquierda, para jugar a los bandidos? El comandante y sus oficiales habían observado el detalle con rabia callada. Y lo habían anotado.

Supé del intento de secuestrar al general René Schneider, comandante en jefe del ejército, y de su consiguiente asesinato en una esquina del barrio alto de Santiago, cuando ya me encontraba de regreso en Lima. El general, adentro de su automóvil, había hecho el gesto de sacar su pistola de servicio, y los jóvenes ultraderechistas, inexpertos, nerviosos, que habían tratado de secuestrarlo, habían disparado y lo habían matado. Lo que había sido un plan

la delegación sería el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, el general Edgardo Mercado Jarrín, hombre prudente en política, moderado, afín, me pareció, a la Democracia Cristiana, en nada castrista ni guevarista.

Me tocó estar presente en la ceremonia central, en el salón plenario del Congreso, sentado en una de las primeras filas, y mi vecino de asiento fue Raúl Elgueta, funcionario antiguo del servicio exterior, creo que de militancia en el Partido Radical, partido de centro laico, y que había cumplido funciones en Lima en años recientes. Vimos desde nuestro asiento privilegiado entrar al Congreso y subir a la testera a un Eduardo Frei Montalva pálido, de rasgos desencajados, de expresión grave, que se sacaba su banda presidencial y se la entregaba a Salvador Allende. En diversas etapas, en el Senado de la República, Allende había sido una persona cercana a su colega Eduardo Frei. Tenían casas vecinas en el balneario de Algarrobo, en el paseo marítimo, y yo podría agregar un detalle curioso: había conocido a Frei en la casa de Allende y de Tencha, una mañana en que había llegado desde Isla Negra a visitarlos, ya no recuerdo con qué motivo. Pero el Frei de la tarima del Congreso Nacional, bajo grandes emblemas y pinturas republicanas, en ese 4 o 5 de noviembre de 1970, era otra persona. Tenía una conciencia aguda de su lugar en ese momento decisivo y de los peligros de la situación. Entregaba la banda presidencial a su sucesor y se podría decir que a su examigo sin la menor alegría, con preocupación profunda que no intentaba disimular.

Raúl Elgueta, mi vecino de asiento, me dijo algo así como lo siguiente: las formalidades de la ceremonia, los símbolos del estado de derecho, la presencia de parlamentarios de todos los partidos, además de dignatarios de la Iglesia, del poder judicial, de las fuerzas armadas, del cuerpo diplomático, le provocaban una reacción personal, íntima, de tranquilidad, de hondo alivio. Era una voz conservadora,

de centro, de probable miembro de alto grado de la masonería, de la cual se decía que Salvador Allende también formaba parte, y todo hacía pensar que las predicciones fatalistas, los anuncios de las Casandras oligárquicas, carecían de sentido. Cumplida la ceremonia, terminados los discursos de rigor, Allende y Frei se retiraron: Allende en su carroza de presidente, con escolta de lanceros de a caballo, a La Moneda, y Frei, con una escolta parecida, a su casa. Pero hubo un detalle que conmovió a mi vecino, y que a mí no dejó de impresionarme, aunque no sé si habría querido reconocerlo entonces: en su camino hacia el poniente del edificio del Congreso, para doblar más abajo y tomar el rumbo de su residencia más al oriente, el ahora expresidente, Eduardo Frei Montalva, era aplaudido a rabiar desde los balcones y desde las veredas, como si los ciudadanos de a pie, como si las comadres que chillaban desde los balcones, y los estudiantes de liceo que trotaban por las veredas, hubieran comprendido en forma súbita, instintiva, que el país, de alguna manera, al provocar con su voto ese cambio brusco de rumbo, se había metido en camisa de once varas, y que ya pagaríamos las consecuencias.

Esa noche, en la fiesta de La Moneda, yo estaba callado, pensativo, con los ojos muy abiertos. Dos o tres señoras politiqueras, copuchentas, «de izquierda», según ellas, definición que desde hacía años ya no definía con claridad casi nada, me comentaron que siempre era así: llegaba un nuevo presidente a «la casa donde tanto se sufre», como le gustaba decir a don Arturo Alessandri Palma, y lo hacía seguido por sus acólitos, sus parientes, sus aliados y variopintos chupamedias, y debido al acento de izquierda, hasta de probable revolución, que adquiría la llegada de este nuevo inquilino, el término de chupamedias, sometido al ingenio criollo, se transformaba en «chupamaros».

Al día siguiente en la noche, en casa del infatigable e inefable Enrique Bello, que era un tigre de salón a su manera, en el



mundillo de la progresía intelectual, y un gastrónomo impenitente, nos reunimos a cenar con Pablo Neruda y Matilde y con una pareja polaca que había llegado en el segundo lugar de protocolo, después del vicepresidente de Polonia comunista, a esta transmisión del mando. Eran Yanek y Yolanda Osmancic: Yanek, diputado independiente de la Dieta de su país y jurista internacional del más alto nivel; Yolanda, periodista, bastante joven todavía, buenamoza, muy conocida en su profesión dentro y fuera de Polonia. Eran viejos amigos de los Neruda, y me pareció que se habían encontrado en diversos lugares con Enrique Bello y con Rebequita Yáñez, fotógrafa, mujer de mundo, que era su pareja de entonces. Fue, como siempre, una noche animada, regada, de conversaciones intensas, sugerentes, aun cuando no se llegó demasiado lejos en el tema de actualidad, el del paso de Chile al socialismo a través de elecciones presidenciales normales. Ahora me imagino que hubo algo de autocensura, y muchas frases entre líneas. En la fiesta de La Moneda de la noche anterior, además de las delegaciones extranjeras y del mundo político nacional, con todas sus extravagancias, sus izquierdistas fogueados y sus recién llegados a una supuesta izquierda, me había llamado la atención el embajador del Brasil de la dictadura militar, la primera en orden cronológico de las dictaduras militares latinoamericanas de ese tiempo, un general de ejército en retiro que miraba todo sin la menor amenidad, sin pretender caerle bien a nadie, con ideas y quizá con planes concretos que uno habría podido imaginarse. No hablamos de ese embajador obviamente peligroso con los dos polacos, pero la imagen del personaje, calvo, hostil, macizo, silencioso, sentado junto a una ventana, se me quedó grabada. Había guitarreo, pero también había un fondo oscuro, amenazante. Había una ola gigante que se formaba al final del horizonte marino. El paso de Chile de un bloque de la Guerra Fría al otro, si es que se producía, no iba a ser así de sencillo. Regresé al Perú algunos días

Dos o tres días después de mi regreso al Perú, llegaron los dos amigos polacos, Yanek y Yolanda Osmancic, que pasaban por Lima en viaje oficial a los Estados Unidos de América. Se me ocurrió sugerirle a Sergio Larraín, el embajador de Frei, que todavía no había sido reemplazado por el nuevo gobierno, que organizara una cena en su residencia en honor de ellos. Me acuerdo ahora de una mesa de unas dieciséis o dieciocho personas, pero no me acuerdo exactamente de la concurrencia: quizá Fernando de Szyszlo, Godí, y Blanca Varela; quizá un amigo cultivado, inteligente, Carlos Rodríguez; quizá José Miguel Oviedo y Marta. Lo que sí recuerdo muy bien, como si fuera hoy, es que al final de la cena, hacia la hora de los postres, Yolanda Osmancic, la periodista, la mujer del profesor y diputado polaco, la delegada que había asistido en representación de Polonia comunista a la transmisión del mando de Frei a Salvador Allende, hizo la siguiente pregunta en voz alta, dirigida a toda la mesa:

—¿Y ustedes saben en lo que se están metiendo?

La extraordinaria pregunta iba dirigida a los chilenos presentes, pero con la evidente intención de que los peruanos también la escucharan. Si la menciono ahora, a la distancia de tantos años, es porque entonces creo que nos reímos y no contestamos nada.

Ahora, en cambio, podría contestar que no sabíamos mucho, o que no sabíamos absolutamente nada. Y que los polacos, que habían viajado desde el interior del sistema comunista, sí sabían, por mucho que anduvieran en misiones oficiales, y optaban por quedarse callados, hablando con su silencio, o hacían preguntas insinuantes, como la pregunta de Yolanda. Y me pregunto también otra cosa: si Pablo Neruda, al decirme hacía pocas semanas en su casa del cerro San Cristóbal que lo veía todo negro, me lo había dicho porque él, a través de su militancia, de sus viajes al mundo socialista, de sus amigos del interior de ese mundo —como Ilya Ehrenburg, como Konstantin Simonov, como Evgueni Evtuchenko—, también sabía. ¿Ven ustedes? Y después retrocedía, y vacilaba, y tenía miedo de que lo utilizaran desde el otro lado, desde *El Mercurio*, por decirlo de algún modo, o, peor, desde la CIA, y le venía un ataque de afo- nía aguda. Pero, a pesar de todo eso, ¡sí sabía!

Termino con un detalle que recuerdo ahora, y que no quiero dejar pasar. Muchos años después, invitado por el Instituto Cervantes y por la embajada chilena, visité Varsovia. Ya se había producido el derrumbe del bloque soviético y había en Polonia un gobierno marcadamente anticomunista. Hay que haber vivido en el comunismo para entender lo que es un apasionado y marcado anticomunista. Yanek había muerto hacía algunos años, y Yolanda, después del cambio de régimen, había sido agregada cultural de su país en Chile. Cuando era agregada cultural, me dijo una vez en mi casa de Santiago: «Tú no sabes lo que puede ser la tortura cotidiana de vivir en el comunismo. Ocupar diez horas de cada día de tu vida para conseguir un poco de pan, una barra de mantequilla, papel higiénico, pasta dentífrica». Pues bien, me mostraban la ciudad antigua de Varsovia, durante ese viaje mío, y me encontré en una saliente de una calle con una placa de homenaje a Yanek Osmancic. Era una placa de la época del comunismo en Polonia. Le comenté

el detalle a Adam Michnik, que había sido uno de los intelectuales importantes de Solidarnosc, el movimiento sindical que se había iniciado en los astilleros de Danzig y que terminó con la derrota del régimen. ¿No era raro que Yanek, que había desarrollado un pensamiento crítico, antiestalinista, antitotalitario, hubiera recibido un homenaje oficial en esos años?

—Es que había gente que colaboraba —me dijo Michnik, con su voz tartamuda, con cara de inteligencia y de picardía.

¡Gente que colaboraba!, me dije, pensando en tanta gente: tontos útiles, e inteligentes que se pasaban de inteligentes, y las figuras, como en un teatro de sombras, desfilaban por mi cabeza.

Pues bien, estaba en mi cama de la calle Las Palmeras, en San Isidro, Lima, durante una siesta calurosa de domingo en la tarde, pocos días después de la transmisión del mando en Santiago y de esa cena en la embajada chilena, de esa interesante pregunta de Yolanda Osmancic, y recibí un llamado por teléfono del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile. Era un alto funcionario más o menos amigo, mayor que yo, palaciego, conocedor de la política interna criolla, de la vida diplomática, y me decía, en síntesis, que por instrucciones del presidente de la República tenía que hacer mis maletas, viajar a Santiago a recibir instrucciones, y volar en seguida a La Habana con la misión de abrir la embajada chilena y esperar la llegada del embajador. No era una orden que yo, en mi condición de funcionario, pudiera discutir, por mucho que mi punto de vista personal en estas materias hubiera cambiado. Y fue, de todos modos, una sorpresa interesante, y un desafío, y era el comienzo de una previsible, aunque no demasiado definible, aventura diplomática, política, probablemente literaria. Hice, pues, mis maletas, y compré un cuaderno de bocetos de formato mediano, porque me gusta escribir con tinta negra y en papel sin rayas, y en esos mismos dos o tres días el embajador, Sergio Larraín García Moreno, conoció

ellos había tres o cuatro señoras encopetadas, que desde la distancia se veía que eran damas de *L'Ancien régime*. Una de ellas era Marta Alessandri Rodríguez, hija del expresidente Alessandri Palma, hermana del expresidente Jorge Alessandri, derrotado por Allende, precisamente, en la elección de septiembre de ese año. Alessandri el viejo, el padre de ambos, el León de Tarapacá, a pesar de las distancias ideológicas, había sido amigo personal de Pablo Neruda y de Salvador Allende, en un Chile que era otro, y Marta me pidió que saludara «a Salvador», lo cual, en esos días de drama soterrado, era como un saludo dirigido desde un planeta a otro planeta más o menos distante, y en circunstancias de que yo, el mensajero, me trasladaba desde la casa de mis padres, militantes del antiguo Partido Liberal, a la de Salvador Allende, en Tomás Moro, para viajar después, desde el convulsionado Chile, a la Cuba revolucionaria. ¡Qué viajes, pensaba yo, qué desplazamientos geográficos, políticos, sociales, de todo orden!

En la casa de Tomás Moro me recibió primero Tati Allende, una de las hijas del presidente, viajera reincidente a Cuba, y enamorada, según supe más tarde, de un revolucionario cubano que sería el que cumpliría en Santiago una función equivalente a la mía, la de encargado de negocios de Cuba en Chile en espera de la llegada del embajador cubano. Después llegó a la casa de Tomás Moro un periodista de extrema izquierda, director, o redactor importante, por lo menos, de la revista *Punto Final*, apasionadamente castrista y cercano al movimiento chileno de izquierda revolucionaria, el MIR. El periodista me miró con una especie de indiferencia estólida, como si yo fuera un insecto clavado en un insectario, y me imagino que al poco rato, en ausencia mía, le habrá manifestado extrañeza por mi nombramiento a Salvador Allende, y que quizá se haya apresurado a informar y a prevenir en mi contra a sus amigos y conmlitones de Cuba.

—Tráeme cigarrillos cubanos —me pidió, por su lado, Tati, y se trataba concretamente de cigarrillos, no de tabacos puros, lo cual, claro, confirmaba su amor a todo lo cubano, aun cuando los cigarrillos, verdaderos petardos de tabaco negro, no fueran necesariamente productos de la revolución castrista.

El presidente llegó un poco tarde, con prisa, bajo presión de su muy recargada agenda, y me dijo de entrada, ya no sé si en el salón de su casa, o en el comedor, pero con palabras que recuerdo en su forma casi textual:

—Yo no creo que usted sea la persona más adecuada para cumplir esta misión en Cuba. Usted está cumpliendo una función interesante en el Perú, que es una relación diplomática que tenemos que cuidar mucho. En cambio, si tuviéramos algún problema en la relación con Cuba, discutiríamos el asunto directamente con Fidel Castro y lo arreglaríamos. Usted, en buenas cuentas, no será en La Habana mucho más que un símbolo. Pero vinieron a verme los sabios del ministerio, y habían llegado a la conclusión de que usted era el funcionario ideal para cumplir esta misión. ¿Y cómo discutir con ellos, con los sabios ministeriales?

Yo comprendí bien lo que decía el presidente, pero no dije una palabra. La misión mía en La Habana había sido informada en la prensa, y mi traslado de puesto, desde consejero en Lima hasta encargado de negocios con cartas de gabinete en Cuba, había sido comunicado a las autoridades peruanas. ¡Qué más, entonces!

Después de entregar la carta secreta del embajador en Lima y de escuchar las palabras presidenciales, la curiosa frase sobre los sabios del ministerio, no me quedaba más alternativa que despedirme amablemente y preparar mi viaje al norte del continente. Me encontré al día siguiente en la calle con Enrique Bello Cruz, el infame Enrique Bello. Enrique entró en estado de gran excitación a un supermercado que se encontraba en nuestro camino, y compró

tres botellones del mejor vino chileno. ¡Para regalárselas de su parte a Fidel Castro! Cousiño Macul, Concha y Toro, Santa Carolina, las grandes marcas de aquellos años. Las tres dichosas botellas, colocadas en una caja de cartón y amarradas con gruesos cordeles, me rebanaron los dedos durante el viaje de Santiago a Lima, de Lima al D. F. de México, y del D. F. a La Habana, una pesadilla que duró tres o cuatro días. Creo que maldije a mi inefable amigo Enrique. Pero así eran las conexiones, los delirios, los vasos comunicantes, las fiebres izquierdistas e izquierdosas de esa época.

En Lima hice una rápida despedida para unos cuantos amigos en la casa de Las Palmeras, con algo de tristeza de parte de Pilar, que se había adaptado notablemente bien a la vida limeña, ella que era introvertida y casi universalmente inadaptada, y también con tristeza, pero muy mezclada con su alegría natural, de parte de la enérgica, poderosa, inolvidable Margarita Chávez. Seguí viaje a México, y en México, como correspondía, hice una visita protocolar a la embajada de Cuba. Era una casa de postigos cerrados a machote, vigilada por miembros de la seguridad cubana y de la policía mexicana, amén de otras policías y de otros posibles sistemas de seguridad del universo conocido: una casa que habría podido formar parte de los caseríos que rodeaban el castillo de Franz Kafka. El embajador, un hombre alto, de bigotes, de aspecto más bien hispánico, de genio atravesado, le dijo después a alguien, conocido suyo y mío, que la familia Edwards era una familia inmortal. ¿Por qué? Porque el último embajador chileno en La Habana, antes de la ruptura de relaciones, se llamaba Edwards, y el nuevo (no hacía distinción entre embajador y encargado de negocios), también. Era una coincidencia de nombres en la que nadie en Chile, ni yo, se había fijado. Y, sin embargo, el último embajador chileno en La Habana, hasta el año de gracia de 1964, había sido Emilio Edwards Bello, hermano de Joaquín, el escritor, primo hermano de mi padre, y yo,

claro, el primero que reaparecía. El parentesco de señoritos, que había interesado poco en Chile, tenía repercusiones serias en Cuba, donde se sabía muy bien que Agustín Edwards había conspirado con el presidente Richard Nixon y con Henry Kissinger para impedir el acceso de Allende a La Moneda. Más tarde, para colmo, salió la noticia de que un agente de la CIA de apellido Edwards estaba involucrado en los ataques secretos contra Chile. ¡Qué apellido nefasto, simbólico, qué coincidencias! A mí no me quedaba más remedio que aguantar, y tomar el asunto con aguas andinas, a sabiendas de que todo, sin excepción alguna, sería anotado en mi contra, de que mi expediente secreto crecería, casi tanto como el de Franz Kafka en la antigua Praga.

Después de mi visita a la embajada cubana, con sus puertas y ventanas estrictamente clausuradas, fui a la casa del agregado cultural chileno en México. El agregado cultural era Pablo Burchard, pintor y amigo, y tenía el mismo nombre de su padre, don Pablo, uno de los clásicos de la pintura chilena, quizá mi clásico preferido. Don Pablo era un artista cercano, para definirlo de algún modo, de pintores europeos del estilo de Pierre Bonnard, con algo de Monet en su mirada de la naturaleza, de sus estanques, de sus árboles diluidos en el paisaje. Nada más exacto que eso: diluidos. Pablo, el hijo, era persona de encanto, de talento, de espíritu comunicativo. Era poco aficionado a la teorización política, y eso, en días de verdadera furia ideológica, de discursos exaltados, de aprobaciones que suponían una salvación y de condenas que conducían al infierno, se agradecía. Pues bien, Pablo estaba acompañado en su casa por un político y ensayista guatemalteco, exministro de Asuntos Exteriores en el gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz, Mario Monteforte Toledo, a quien yo había conocido en algún encuentro internacional. Mario, exiliado en México después del golpe de inspiración norteamericana que había derribado a Arbenz, era un experto en



la vida política de Cuba, de México, de todo el Caribe, de América Latina en su conjunto. Experto, y además de experto, buen conversador, observador agudo, hombre de izquierda no beato, no cegado por anteojeras ideológicas. Había gente así en el mundo polarizado, fanatizado, de esos días, por extraño que parezca. Y Mario me dijo algo que coincidía en cierta forma con lo que me había dicho el presidente Allende. Me dijo, en forma bien intencionada, amistosa, que yo no era la persona mejor escogida para representar a Chile en la Cuba de esos días. En Cuba se había ido formando, sin que todavía se supiera bien fuera de Cuba, un núcleo de intelectuales y artistas disidentes, cuya relación con el gobierno era cada día más difícil, y muchos de nuestros amigos y de los que me conocían como escritor formaban parte de ese grupo. Eran amistades peligrosas para mí en ese momento, y era inevitable que complicaran mi tarea como encargado de negocios chileno.

Fueron palabras proféticas, que resuenan en mis oídos hasta ahora mismo, después de nada menos que cuarenta y siete años pasados. ¡Nadie podrá decir que cuarenta y siete años no son nada! Marcan un cambio de época, un cambio fundamental, y a mí me zumban los oídos, y el corazón me palpita con otro ritmo. A la mañana siguiente, muy temprano, me embarqué en un Ilyushin de Cuba, es decir, en un avión de construcción rusa y de propiedad cubana, rumbo al aeropuerto de La Habana. En ese avión, como ya alguna vez lo he contado, viajaban dos embajadores escandinavos que iban en misión de hacer acto de presencia en sus embajadas concurrentes: vikingos gruesos, rojizos y rollizos, bulliciosos, que bebían daiquiris dobles, desbordantes de espuma, que hablaban a gritos, y daba la impresión de que empezaban unas muy movidas y bienvenidas vacaciones. Yo llevaba debajo del asiento mi incómodo cartón de botellas de vino chileno, ¡el regalo de Enrique Bello al Comandante en Jefe!, y pensaba con algo de inquietud en cómo se